



COLOR PARA NIÑOS









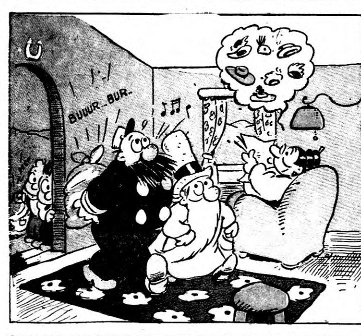
LOS CEBOLLITAS Y EL CAPITAN

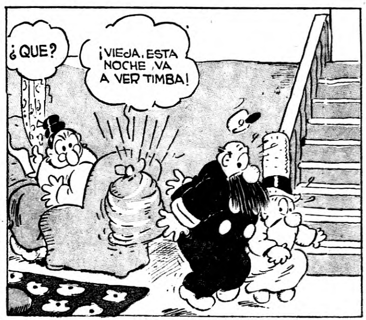
Por R. DIRKS
CREADOR DE ESTA HISTORIETA









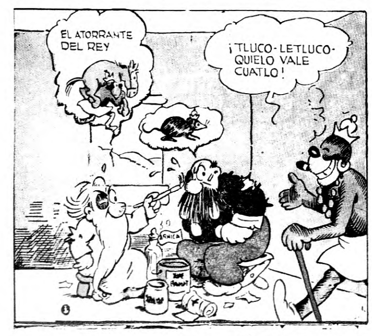














AHORA, ESCUCHA Y APRENDE: LOS CEBOLLITAS SON UNOS ANGELITOS, SOBRETODO EL MOROCHO. HAY QUE DARLES HELADOS Y CHOCOLATINES, LLEVARLOS TODAS LAS TARDES AL CIRCO Y NO OBLIGARLOS A ESTUDIAR TANTA GEOGRAFIA PORQUE LOS DEBILITA Y LOS PONE DE MAL HUMOR

LOS CEBOLLITAS SON UN PAR DE HOLGAZANES, SOBRE TODO EL MOROCHO. SI LLEGAN A CONSEGUIR SU PROPOSITO... SOLO AL PENSARLO ME ESTREMEZCO. MAS VALE QUE ABRAN LA JAULA Y ME DEJEN LIBRE...

LA AZUCENA

por L. CHISTIAKOVA

Ilustró PREMIANI



El bote que llevaba al anciano y a la niña se detuvo en el medio de la corriente, para descansar poco después junto a la orilla. El anciano quedó pensativo. Después de una breve meditación, contó a su nieta la historia de la bella azuzena blanca, la que unos niños crueles rompieron, mataron y abandonaron a su triste suerte. Y así la niña tuvo conocimiento de la bella leyenda de las flores, que tienen alma y corazón y saben llorar

A orillas de un riachuelo, de aguas puras y tranquilas, crecía un hermosísimo arbusto de azucenas. Las tiernas flores alzaban con orgullo sus inmaculadas corolas. Pajaritos de todas clases revoleteaban con un alegre piar alrededor de la bella planta, afanados en la construcción de sus nidos. Nadie les molestaba, pues era aquel un solitario rincón de la enmarañada selva. Jamás un pie humano había hollado la fresca hierba verde; nadie ahuyentaba de sus nidos a los bellos y alegres pájaros; ningún ser humano iba a pescar los pececillos de brillosos ojos gláucos que pululaban en el río, encontrando abrigo ya sea debajo de algunas anchas hojas de plantas acúaticas, ya entre las tupidas cañas que rodeaban las límpidas y ruidosas aguas del río.

GRITOS Y RISAS

Todo vivía y florecía alegre en aquellos parajes felices, y la azucena se sentía dichosa, recreando la vista con su hermosura realzada por sus finos tallos, donde las bellas flores níveas se complacían en desplegar una tras otra sus incomparables pétalos. Las multicolores mariposas se posaban sobre ella con ternura y amor; la fresca brisa balanceaba con precaución su flexible tallo verde, los rayos solares calentaban y doraban sus flores y los pinos centenarios entrelazaban sus poderosas ramas por encima del arbusto como para protegerlo y bendecirlo.

Un día, cerca del riachuelo, resonaron gritos y risas. Era que acababan de penetrar en el bosque dos jóvenes, armados de sendos fusiles, y acompañados por unos cuantos niños. Los cazadores se internaron en la maleza, mientras que los chicos prefirieron permanecer cerca del lugar donde crecía la azucena, encontrándolo propicio para sus juegos.

Eran unos niños malvados, los que demostraban sus diversiones crueles: corrían por la fresca hierba, aplastándola y matando a los insectos sin piedad.

—Mirad que linda, — exclamó una de las chicas, que acababa de atrapar a una elegante mariposa, a la que tenía fuertemente asida por sus diáfanas alas oscuras, adornadas de manchas bermejas.

—A ver, a ver, — gritaron en coro los demás niños.

Y pasando la pobre mariposa de mano en mano, estrujaban sus alas temblorosas, causándole un enorme daño.

—Cuantos pescaditos hay por aquí, — gritaron dos muchachos colocando al mismo tiempo una pequeña red en el agua cristalina que, en el acto, se volvió turbia.

—Un nido, — exclamaron otros, al descubrir un nido, un nido construído de fina hierba y tapizado de plumas.

Un pajarito gris levantó el vuelo, profiriendo un lastimero silbido. Al oirlo los niños prorrumpieron en coro:

—Qué lindo piar.

Ninguno de ellos había comprendido que aquel era un grito de desesperación del pobre pajarito... Uno de los muchachos, el más impaciente, arrancó el nido con tal torpeza que los huevecitos, aún tibios, que estaban guardados entre las plumas del fondo de aquél cayeron al suelo haciéndose trizas.

—Qué lástima — exclamaron las chicas. Los huevecitos eran tan lindos que bien hubieran podido servir de adorno para la mesa de escritorio o el tocador.

A las crueles criaturas no se les antojó, tan siquiera, que rompiendo los huevos destrozaban las futuras vidas.

LOS GUARDIANES

Poco a poco los niños se acercaban a la asucena, escondida entre las cañas. Al descubrirla, de improviso, se precipitaron hacia la bella flor profiriendo gritos de júbilo, mientras pisoteaban sin piedad las cañas, que cautivadas por la hermosura y lozanía de la asucena, habíanse erigido en sus guardianes.

Los chicos arrancaron de cuajo las blancas flores, torciendo y estrujando sus finos tallos y sus tiernas hojas verdosas. Después de haber gozado un rato con los efectos de su mala acción, se alejaron con ruido y aspavientos, atraídos por los hermosos pétalos celestes de los "no me olvides", que crecían en las inmediaciones. Dentro de poco resonó el llamado de la trompeta de los cazadores y los niños corrieron en tropel, con risas y gritos, al encuentro de aquéllos.

El silencio volvió a reinar en el solitario rincón del bosque. Empero, ahora el regocijo no era general, pues una gran parte de sus habitantes había sido destrozada, arruinada, despojada de sus bellezas...

La azucena yacía en el suelo, estirando con aire impotente sus finas hojitas, otrora suaves y ahora estrujadas y torturadas, sin un álito de vida. Las cañas rotas no se erguían como antes, formando una tupida valla, sino que se inclinaban inanimadas y en desorden a todos lados. Entre la hierba pisoteada yacían inmóviles, aplastados por los pies crueles, los escarabajos y las mariposas con las alas rotas. El pajarito lanzaba el aire sus tristes trinos, impregnados de angustia y de pena por su nido arruinado y por sus lindos huevecitos rotos, de los que hubieran podido salir hermosos pichoncitos.

Llegó la noche envuelta en su fresco manto nebuloso; la siguió la mañana sonrosada. Toda la naturaleza se despertó reanimada. El desvastado rincón del bosque poco a poco volvió a adquirir su aspecto anterior. La hierba se alzó rozagante, tapando los insectos muertos; los enjambres de mariposas recién nacidas revoleteaban alegremente en el aire; el agua se pobló de nuevo de pescaditos de ojos amarillos que no se daban cuenta de que en su alegre tropel faltaban muchos de sus congéneres. Los pájaros llenaban el aire con sus ruidosos trinos, alabando el hermoso día lleno de luz solar, y hasta el pajarito gris que se quejaba tan lastimeramente la víspera cesó su triste piar y, con aire preocupado, se puso a juntar ramitas y hierbas secas: abrigaba la esperanza de construir un nuevo nido y de criar pichoncitos.

Los rastros del atropello efectuado la tarde anterior, en el apartado punto del bosque, desaparecieron casi por completo.

YACIA EXANIME

Sólo la azucena no volvió a levantarse: los malvados niños la habían arrancado con la raíz. Su tallo yacía exánime, sus hojas destrozadas se secaron volviéndose negras; la planta entera se marchitaba lentamente bajo los calcinadores rayos solares. Los chicos se llevaron todas las flores, salvo una sola que dejaron muy arruinada: sus blancos y tiernos pétalos estaban arrugados y cubiertos de grandes manchas. No quedaba ni rastro de la divina belleza de la esbelta y orgullosa planta... De repente unas grandes gotas cristalinas brillaron en los pétalos marchitos de la flor; los rayos del sol, reflejados en éstos, relucían con llamas multicolores. ¿De dónde aparecieron estas gotas brillantes en una flor semi-seca? ¿Era el rocío o las lágrimas de la azucena moribunda?

El viento movió ligeramente la hierba, balanceando las cañas. Algunas de éstas lograron enderezarse, otras, más maltrechas, quedaron acostadas en el frío suelo, con las cabecitas colgando tristemente. Bajo el soplo de la brisa las cañas se movían exhalando quejidos. Parecía que los tallos rotos se inclinaban sobre la inanimada flor para rendirle su postrer tributo y elevaban al cielo un murmullo quejumbroso, entremezclado con llantos lastimeros, tratando de lacerar los corazones con su plegaria muda y lúgubre, en la cual se hablaba de la hermosura perdida para siempre...

Un botecito se deslizaba por la tranquila superficie del río. En la embarcación se encontraban un anciano de cabellos plateados y rostro inteligente y bondadoso, y una niña hermosa y buena, su nieta.

El abuelo remaba sin apresurarse, contando al mismo tiempo a la chica lindos cuentos y nombrándole, de paso, las flores que crecían a lo largo de las orillas, las aves que volaban por encima de sus cabezas y los peces que nadaban en las ruidosas aguas.

El bote atracó a una orilla y los navegantes echaron pie a tierra. El abuelo se puso a leer un libro, mientras que la niña pasaba distraídas miradas en su derredor.

Era un lugar encantador: los viejos árboles semejaban poderosos gigantes; entre la fragante hierba pululaba toda una población de escarabajos dorados, cigarras de diáfanas alas verdes y otros insectos multicolores. Las hermosas mariposas, contentas de la vida y de su propia belleza, ejecutaban en el aire una alegre danza. Desde los arbustos resonaban lo tiernos trinos de los pájaros, rebosantes de salud y de contento.

¿QUIEN SE QUEJA?

La chica se deleitaba con todo este concierto campestre, recreando su vista con aquellas maravillas. Pero su solaz duró poco tiempo. Al cabo de un minuto su rostro se puso triste y adquirió la expresión de atención. Una ligera brisa movía las cañas, y prestando el oído la pequeña creyó percibir un leve quejido, penoso y prolongado.

—Abuelito — dijo la chica. —¿Qué quieres, corazoncito?

—¿Quién es el que se queja?

El anciano escuchó un instante, replicando luego:

—Nadie.

—No, no, escucha bien. Alguien se queja y llora — insistió la muchacha. Allí, entre las cañas.

—Estás equivocada, querida, — dijo el abuelo. Es el ruido que producen las cañas al moverse bajo el soplo del viento.

—No, no, yo oigo bien que lloran. Cuéntame, abuelito, ¿porqué se quejan las cañas tan tristemente?

—Pero si no es un quejido, sino un murmullo.

—No abuelito; oigo que las cañas lloran y se quejan. Dime ¿por qué?

El anciano quedó pensativo. Después de una breve meditación contó a su nieta la historia de la bella azucena blanca, la que unos niños crueles rompieron, mataron y abandonaron a su triste suerte.

NUEVAS AVENTURAS DE MICKEY

Se Salva de Ser Devorado por un Gato que Además de Bandido Era Gran Borracho

EL buen ratón Mickey iba de camino por el bosque, alegre y satisfecho de lo bien que le había ido en el país de los enanitos, cuando de pronto oyó con sobresalto, que alguien le gritaba: "¡Alto! ¡La bolsa o la vida!" Y poco tardó en verse ante las pistolas con que le apuntaba un gato, salteador de caminos.

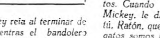
—"¡Buena pesca ha sido ésta!—exclamó el gato bandolero, — ya que no siempre se encuentra uno con un ratón tan bien alimentado. Siento mucho por usted, señor Ratón, pero me lo tendré que comer."

—"Más lo siento yo, señor Gato, dijo Mickey, sin perder la serenidad. Pero, ya que tengo que morir, prefiero hacerlo alegremente, con que así, si usted lo permite, me agradaría antes beber con usted una copa de un rico licor que llevo en mi bagaje".

Mickey no llevaba ningún licor, y lo que quería era ganar tiempo, esperando encontrar alguna salvación. Y el gato bandolero, que era medio borrachín, al oír aquéllo se lanzó sobre el paquete de Mickey, y mientras lo abría de un zarpazo, no se dió cuenta que Mickey se apoderaba de sus pistolas y apuntándole con ellas le decía: "Vamos, señor bandido, que los papeles se han cambiado." De un saltito, Mickey se montó arriba del gato como si fuera jinete de un caballo, y poniéndole una pistola de cada lado de la cabeza, le dijo: "Bueno, ahora lléveme hasta donde le diga, porque me siento muy cansado, sobre todo, después del susto que usted me diera hace un momento."

La verdad es que al gato bandolero no le hacía mucha gracia aquella situación, pero como las dos pistolas las tenía apuntando a la cabeza, echó a correr, con Mickey a cuestas, que muy alegre iba cantando una canción que había aprendido en su país, y que decía así:

El pobre señor don Gato
Quiso comer un ratón
Creyendo que era buen plato
Mas no logró su ambición
Porque era un gato... muy
(gato.



Mickey ríe

Y Mickey reía al terminar de cantar, mientras el bandolero rechinaba de rabia al verse así vencido por un ser más pequeño que él, y que encima se permitía decir que era "Un gato... muy gato": lo que demuestra que no hay que despreciar nunca a los seres más pequeños que nosotros, pues, como dice el refrán: "No hay enemigo pequeño".

Después de un buen rato de correr, Mickey vió que se acercaban a una pequeña población, que no conocía, y tomando por la que parecía calle principal, se metió en ella, siempre arriba del gato bandolero. ¿Qué país era aquél? Mickey se hacía esta pregunta cuando vió, con terror, que de todas las casas aparecían gatos, gatas y gatitos de todos los tamaños y colores. "Me parece — pensó Mickey — que hemos cometido una grave equivocación, y que entre tantos gatos mi muerte habrá de ser segura". Pero como era observador no tardó en darse cuenta de que todos aquellos gatos estaban flacos al extremo, y dominados por una gran agitación. Apenas había hecho esta observación cuando llegó a la plaza principal del pueblo, donde se vió rodeado de una enorme multitud de gatos, que le hicieron imposible continuar avanzando. Los gatos no hacían más que gritar, y Mickey escuchó que decían: "Miau, marramiau, que muera el bandido!", y comprendió que todos aquellos gatos no iban contra él, sino contra el gato bandolero que venía montando.

De pronto se oyó un clarín; la multitud de gatos se apretujó para dar paso a una gran comitiva, en medio de la cual venía un gato anciano, que tenía una corona de oro en la cabeza. Era el Rey de los Gatos. Cuando estuvo frente a Mickey, le dijo: "¿Quién eres tú, Ratón, que sabiendo que los gatos somos tus enemigos, nos traes a este gato bandolero, que asolaba con sus crímenes a todos mis súbditos?".

Mickey se paró sobre la cabeza del bandolero, y haciendo una pirueta muy graciosa que hizo reir a todos los gatos, inclusive al Rey, que al reir se le cayeron los anteojos que llevaba, exclamó en tono solemne:

Soy el más simpático

—"Soy Mickey, el más simpático de todos los ratones; amigo de los débiles y enemigo de los malos. Soy Mickey, el gran amigo del Gato Félix..."

No pudo seguir hablando, cuando los gatos oyeron que era amigo del Gato Félix lo llevaron en andas hasta el palacio real, diciendo que Mickey tenía que ser a la fuerza un gran personaje para ser amigo de Félix, que es el gato más famoso del mundo.

Mientras tanto la policía gatuna se había apoderado del gato bandolero y lo llevaron a los tribunales, donde fué condenado a muerte y ejecutado días después.

El Rey de los gatos explicó a Mickey que aquel gato bandolero tenía atemorizado a todo el país, que no se atrevía a salir de sus límites por miedo de ser asaltado por él. Los alimentos se habían terminado, ratones no había por ninguna parte, y toda la población estaba tan flaca que de seguir las cosas así habrían de morir todos de hambre. Se habían organizado ejércitos para capturar al bandido, pero era inútil, pues se escondía en el bosque y no había forma de atraparlo. Mickey le dijo entonces que él lo había detenido porque era un ratón milagroso, que podía hacer lo que le viniera en ganas. "Y así — agregó — podía ponerlo en libertad y no lo haré si me prometés no comer más ratones".

—Pero señor Mickey, dijo el Rey, si no comemos ratones nos moriremos de hambre.

—No; señor Rey — repuso Mickey — yo arreglaré las cosas de manera que no les falte qué comer.

Cuando Mickey decía estas cosas, la verdad es que estaba pensando en otras. El se decía: es inútil querer convencer a los gatos de que no coman ratones, y como todos estos gatos están con un hambre muy atrasada, mientras me quede por aquí corro el peligro de que alguno se olvide de que les he entregado al gato bandolero, y de que soy amigo de Félix, y, haciéndose el distraído, me pegue un zarpazo y me coma entero. Debo buscar con habilidad la mejor forma de salir de este país, que para mí es muy peligroso.

Muy agradecidos

Y no estaba equivocado, porque justamente en aquellos momentos, una manifestación de gatos hambrientos llegaba al palacio del rey para pedir que Mickey fuera repartido entre todos.

Uno de los gatos de la manifestación dijo un discurso expresando más o menos lo siguiente: "Nosotros muy agradecidos al Ratón Mickey que nos ha librado del bandolero, pero tenemos hambre atrasada, y hace tanto tiempo que no comemos un ratón, pues todos se los comía el bandolero, que al ver a Mickey nos da mucha pena dejar que se vaya. Al fin y al cabo, tarde o temprano tendrá que morir entre los dientes de un gato, y entonces nada mejor que hacerlo ahora que todos tenemos hambre". El rey que oyó aquello se acercó al balcón del palacio y dijo: "Queridos súbditos: En este momento el Ratón Mickey me está diciendo que él va a arreglar las cosas de manera que no nos falte que comer".

Al oír aquello todos los gatos comenzaron a gritar: "¡Marramiau,miau!", que entre ellos quiere decir: "¡Hip, hip, hurra!", y pidieron a Mickey que les dijera qué pensaba hacer.

—Decidme dónde hay una ratonera — exclamó Mickey — yo entraré en ella, abriré las puertas de la cárcel donde están detenidos los ratones malos, y les diré que escapen para este lado, donde ustedes se los comerán a todos, librando así a los ratones buenos de la tarea de alimentar a los ratones malos.

Y dicho y hecho, fué. Los ratones llevaron a Mickey hasta el agujero de una ratonera, desde donde les dijo: "¡Señores Gatos! Los ratones malos que están presos, también tienen derecho a vivir, y lo que hay que hacer con ellos es enseñarles a ser buenos. Por eso, si ustedes han creído que yo se los iba a mandar para la comida de ustedes, sólo me demuestra que no son ustedes animales inteligentes", y dicho esto se metió por la ratonera, con gran indignación de los gatos que se vieron burlados, como castigo por querer comer a quien les había hecho un bien. Y esto no es raro en los gatos, que como todos saben son animales de carácter huraño, que de pronto arañan a sus amos, que les hace siempre bien.

Una gran fiesta

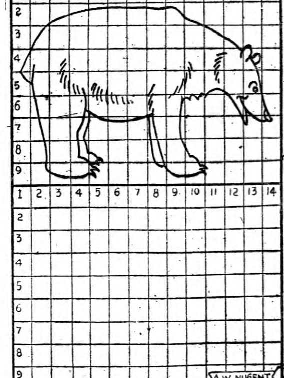
Cuando Mickey se vió libre de peligro dentro de la ratonera, le dió un ataque de risa; contento por la forma como se había burlado de sus enemigos. Al oír aquella risa acudieron muchos ratones, a quienes Mickey les contó lo sucedido, que alegró a todos, con lo que se organizaron grandes fiestas, bailándose hasta altas horas de la noche.

Pero Mickey había sido expulsado del país de los ratones, porque como ustedes recordarán, era un ratón poco serio, que todo lo tomaba en broma.

El Consejo de los Ratores ancianos, reunido de nuevo resolvió, vista la conducta de Mickey en el país de los gatos, declarar que se había equivocado en su anterior resolución: que debía ser condecorado por su inteligencia. Y se prepararon grandes fiestas en su honor, pero Mickey, que ya le había tomado gusto a la vida andariega, resolvió seguir andando por el mundo, viendo cosas nuevas, y un día antes de la fiesta, cuando nadie lo veía, salió de la ratonera por un agujero que no daba al país de los ratones, sino en medio de un lindo bosque, y tomando por un caminito emprendió nuevo viaje.

V. D. SIERRA

Una Lección Fácil de Dibujo



Acá tiene un modo muy fácil de aprender a dibujar. Se puede copiar el retrato del oso polar en el espacio inferior, haciéndolo con exactitud al trazar las líneas en los cuadraditos paulatinamente. Así, por ejemplo, se puede empezar por dibujar la nariz del oso en el cuadradito 14, en el punto en que se cruza con el marcado con la cifra 7 del lado izquierdo, y seguir trazando el dibujo exactamente igual al de arriba.

















LOS LIOS DE DEDALITO Y SPAGUETTI











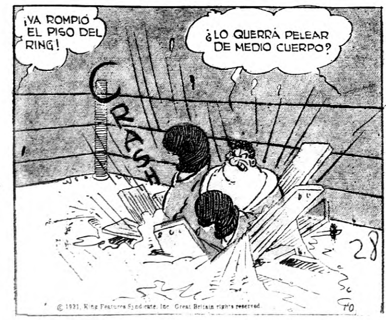
















LAS LLAVES DE C

El Hambre la Entregó a los Sitiadores In

(Ilustró Niahcer Seditsira)

El continente europeo, separado sólo de la Gran Bretaña por el estrecho de Dover, influyó con su proximidad para que los soberanos de Inglaterra pretendiesen extender sus dominios más allá del Canal de la Mancha, quizás en recuerdo a su viejo origen francés, y el puerto más próximo para dar forma a sus pretensiones fué siempre Calais, cuya posesión hubiera significado la entrada a Francia.

Así fué que en 1346, Eduardo III, después de haber vencido a Felipe VI, en Crecy, dirigió sus pasos a Calais, sitiando la ciudad. Los muros que la circunscribían eran enormemente gruesos y sólidos, provistos de defensas de mampostería, de un enorme espesor, semejantes a rocas por su solidez, lo que hizo que el rey vencedor reformara sus proyectos de un asalto directo. Indudablemente, en la edad media había costumbre de establecer unas monumentales fortificaciones para las ciudades, de gran eficiencia, que no estaban de acuerdo con los medios de ataque. Los muros de esas fortificaciones eran de gran espesor y las torres se elevaban a gran altura y los defensores, completamente protegidos por las construcciones, podían rechazar el ataque, sin correr riesgos, desde lo alto de sus torrecillas o de las troneras. Las puertas de estos castillos eran reducidísimas para tan grandes construcciones, que se rodeaban de un foso lleno de agua y que sólo era posible cruzar mediante un puente levadizo; por delante de la puerta había una gran reja de hierros punzantes que, rápidamente, podía cerrar la puerta e impedir la entrada.

La única oportunidad que entonces existía para tomar una fortaleza, por un ataque directo, era rellenar los fosos con tierra y arbustos y escalar los muros o destruir éstos mediante catapultas que, arrojando enormes y pesadas piedras, pudieran resquebrajar y romper los muros e iniciar el ataque a los mismos desde elevadas construcciones de madera y hierro, que conducía a los asaltantes hasta la altura en que se encontraban los defensores de la fortaleza.

Por lo común, estas construcciones de madera se elevaban por encima de los mismos muros, imposibilitando a los defensores a resistir el ataque de que eran objeto, por lo desventajoso de su nueva posición. Los sitiados podían desconcertar a sus enemigos, llevando colchones y camas por encima de los muros, lo que amortiguaba los golpes de las piedras arrojadas contra ellos, pero los torreones eran pronto incendiados con proyectiles inflamados, que eran enviados **hábilmente**, resultando así que los sitiados sufrían mayores descalabros que los que podían causar.

Al pie de las murallas

El cañón recién se había comenzado a usar en la batalla de Crecy y sólo consistía en un enorme tubo de acero, rodeado de gruesos anillos y su uso no estaba todavía muy extendido, porque se pensaba que no ofrecía peligro a una ciudadela bien guardada, estando el enemigo fuera de los muros.

El rey Eduardo comenzó el sitio de la ciudad con sus tropas victoriosas, recién en el mes de agosto y se lo vió rodeado por los príncipes británicos y sus caballeros llevando sus relucientes armaduras, cubiertos con capas ricamente bordadas con sus respectivos colores heráldicos; éstos eran sus vigorosos hombres de armas, que estaban custodiados por tres arrojados acompañantes. Se veían los arqueros, que eran capaces de lanzar sus saetas a **muchas** yardas de distancia y de quienes se decía que durante las batallas dentro de cada arquero podía pensarse que había tres, tal era su valor y su rapidez para lanzar los dardos. Con el rey estaba Eduardo, príncipe de Gales, quien llevaba las mismas espuelas de oro que usara en Crecy y que con solo sus diecisiete años ya se parecía al rey Hainault; junto con el príncipe estaba sir Walter Mauny y toda la nobleza de Inglaterra.

Este enorme y deslumbrante ejército, a cuya cabeza estaba el rey Eduardo, parecía que traía la derrota de la flor de lis de Francia por el león de Inglaterra. Todas las tropas inglesas, guiadas por un noble, se dirigían a la puerta de la ciudad de Calais, sobre la que flotaba al viento la bandera azul de Francia, con sus flores de plata, con las insignias del gobernador sir Jean de Vienne. Un heraldo, con una larga túnica bordada con las armas de Inglaterra, se dirigió hacia la puerta de la fortificación y llamó al gobernador Mr. de Vienne, instándole a que cediera su puesto a Eduardo, rey de Inglaterra y Francia, como él se hacía llamar. Sir Jean respondió que él guardaba la ciudad para Felipe, rey de Francia, y que la defendería hasta el fin; el heraldo se retiró y los ingleses iniciaron el sitio.

Tan pronto como acamparon las tropas inglesas, los habitantes de Calais pudieron ver en la llanura que rodeaba al puerto una serie innumerable de carpas de lona, formando las insignias de los jefes de cada cuerpo, llevando al tope de las mismas los **colores** heráldicos. Hasta ese momento no se inició ningún ataque a los muros.

Se vió a los guerreros caminar desprovistos de sus armaduras y a algunos otros se les veía llevar sus cascos o sus lanzas, pero no se dirigían a Calais, sino que se introducían hacia el interior, regresando después al campamento, llevando consigo corderos y puercos, que arrebataban a los pobres paisanos. Por la noche se vieron manchas rojizas de incendio; eran alquerías y fincas de los alrededores, que eran devastados por los sitiadores. Después de algún tiempo, se vió que los ingleses, delante de sus tiendas, iniciaban una serie de trabajos en madera, con propósito de fabricar pequeñas habitaciones, que fueron distribuidas regularmente, formando calles y dejaron en medio una especie de gran plaza, donde todos los domingos venían carniceros y agricultores a vender sus productos, así como forraje para los caballos. Mercaderes ingleses, que cruzaban el canal, desembarcaron en la costa, trayendo ropas, pan, armas y todo aquello que era materia de negocios en aquellos tiempos.

El terror de los sitiados: el hambre

El gobernador de Calais, Mr. Jean de Vienne, comprendió que el rey Eduardo no pensaba sacrificar sus hombres en un ataque estéril a la fortaleza y comprendió que, quizás, buscaba una entrada por tierra, por lo que comenzó a vigilar la costa con el objeto, también, de renovar sus provisiones y evitar el hambre en los sitiados. Mr. de Vienne sabía que si el hambre hacía presa de los sitiados, el rey Eduardo no tendría que luchar mucho para apoderarse de Calais y como él estaba resuelto a defenderla por su rey hasta el último instante y notando que las provisiones ya escaseaban, empleó un recurso supremo.

Un lunes por la mañana fueron arrojados de la ciudad de Calais, hacia el campo enemigo, todos aquellos habitantes que no estaban en situación de poder luchar; eran hombres, mujeres y niños, en **número** de 1700. Esta resolución la adoptó al ver que no tenían alimentos para darles y que permitir que permanecieran en la ciudad citada era agravar más la miseria y el hambre que en ella ya había.

Cuando fueron vistos estos infelices, casi muertos de hambre, en medio del campamento inglés, despertaron la piedad de los soldados, quienes les dieron de comer, ordenando el rey Eduardo que los dejasen pasar y salir del campamento con toda libertad, brindándoles cama y comida, y le entregó a cada uno cierta cantidad de dinero para que pudiera marcharse. Muchos de ellos se retiraron del campamento inglés, expresando, en voz alta, su gratitud hacia un enemigo de tan noble proceder.

Mientras Eduardo esperaba el momento oportuno para asaltar a Calais, Inglaterra era invadida por el rey David II de Escocia, y la buena reina Felipa, quien ejercía el gobierno en nombre de su pequeño hijo Lionel, reunió todas las fuerzas que habían quedado en sus Estados y se dispuso a rechazar la agresión escocesa. Y en un día de otoño, un buque cruzó el estrecho de Dover, llevando un mensaje al rey Eduardo y una carta de la reina, en la que le comunicaba que las fuerzas escocesas habían sido vencidas en el camino de Nevil, cerca de Durham y que el rey había sido hecho prisionero por el caballero John Copeland, quien no lo quería entregar.

El rey Eduardo envió cartas al caballero Copeland, invitándolo a venir a Calais y cuando el caballero llegó a este puerto, Eduardo salió a su encuentro, exclamando: "Bienvenido mi caballero, por cuyo valor ha sido capturado nuestro adversario el rey de Escocia".

Copeland, doblando una rodilla, le replicó: "Si Dios, con su gran bondad, me ha entregado al rey de Escocia, nadie debe estar orgulloso de eso, porque Dios puede, cuando El quiere, derramar sus gracias sobre este pobre caballero, lo mismo que sobre un gran lord. Señor, no me [illegible] si no [illegible] señora reina; yo debo mis tierras a vos, así como las mieses que ellos producen, pero no a ella".

El rey no estaba incomodado con tan tenaz y porfiado caballero; al contrario, lo hizo príncipe y le concedió una pensión de 500 libras por año y le encargó entregasé al prisionero a la reina, su legítima representante. Esto fué realizado de acuerdo a los deseos del rey Eduardo, y David de Escocia fué puesto en la torre de Londres.

Poco después, tres días antes de Todos los Santos, una numerosa flota cruzó el Canal de la Mancha, conduciendo a la reina Felipa y un innumerable cortejo de damas, que iban a visitar y saludar a sus esposos, padres y hermanos, que estaban empeña**dos en el sitio de Calais. Fueron recibidos por el rey Eduardo y sus caballeros y en su homenaje se realizaron fastuosos bailes y diversiones y los caballeros realizaron pruebas de destreza y valor en honor de las damas que habían ido a visitarlos.**

Entretanto, el rey de Francia había situado en las ciudadelas vecinas numerosos caballeros y hombres de armas, que constantemente vigilaban el campamento in**glés, mientras los pobres sitiados de Calais sufrían enormemente la escasez de provisiones. Lo más difícil en la defensa de la ciudadela de Vienne, era la forma de proveerse de provisiones y numerosas refriegas se produjeron entre grupos de soldados franceses que conducían víveres y tropas inglesas que los interceptaban. Los defensores de Calais eran ayudados en esta búsqueda de provisiones por sólo dos marine-**

El rey Eduardo se mostraba implacable y ordenó que fueran llevados a un lado los burgueses y que el verdugo entrara en funciones. Los momentos eran de una incontenida e intensa dramaticidad



CALAIS

POR CHARLOTTE M. YONGE

...ngleses

ros de Abbeville, llamados Marant y Hestriel, quienes, conociendo palmo a palmo las costas de la región, pudieron, en las obscuras noches otoñales y valiéndose de pequeñas embarcaciones, burlar la vigilancia inglesa y conducir hasta la fortaleza algunas provisiones de carne y pan. Estos bravos marineros, muchas veces estuvieron a riesgo de ser apresados por las tropas inglesas, pero en forma audaz y afortunada supieron siempre escapar de sus perseguidores.

Y así pasó el invierno. Llegó la Navidad, que fué celebrada con brillantes festivales en honor del rey y la reina, realizados en el palacio de madera, construído en medio del campamento. La vigilancia era rigurosa y el estado de ánimo de los sitiadores era satisfechísimo, excepción hecha del conde de Flandes, quien amaba más a los franceses que a los ingleses, pero que se había visto obligado a ceder a los vasallos en esta empresa, que estaba contra sus sentimientos, en razón de que necesitaba de la lana inglesa para los trabajos de tejidos de sus Estados. En el campamento estaba Isabel, hermana del rey Eduardo, que era la novia del conde de Flandes y cuando ya sólo faltaba una semana para su matrimonio y estaban preparadas las ropas y las joyas para la nueva desposada, el conde de Flandes abandonó el campamento inglés y se dirigió a París, donde fué recibido por el rey Felipe.

Este acontecimiento hizo que el rey Eduardo se apresurara a dar el asalto a Calais. En la playa construyó una enorme torre de madera, donde colocó cuarenta de sus bravos soldados, acompañados de 200 arqueros. Mientras tanto, los sitiados perecían en medio de los horrores del hambre, pues los dos bravos marineros de Abbeville no habían podido ya suministrarles más alimentos y sólo estaban sosteniéndose con la esperanza de que su rey hubiese ya reunido sus fuerzas y pronto correría a socorrerlos en tan penosa situación.

Una vana esperanza

El rey Felipe, en efecto, reunió su ejército, formado por numerosas y nobles tropas y apareció una noche en la colina de Sangate, justamente por detrás de las tropas inglesas; a la luz de la luna se veía el reflejo metálico de las armaduras reales y se notaba el flamear de los pendones. Visto esto por la guarnición hambrienta, pareció que sus penurias y miserias se hubiesen aliviado. Aun tenían dos caminos por los cuales podían salvar a la guarnición sitiada: uno a lo largo de la costa y otro por el interior del continente, camino por el cual había que cruzar un río, sobre el que existía un puente. La flota del rey de Inglaterra podía impedir a la tropa de Felipe el camino de la costa y el puente estaba guardado por el conde de Derby, quien ocupaba una bien defendida torre, situada cerca de Calais. El rey de Francia, conociendo las grandes dificultades que se le ofrecían antes de poder reunirse con las tropas sitiadas, hizo llegar al rey Eduardo un mensaje, por el que le invitaba a salir al campo y presentar batalla.

El rey Eduardo le respondió que hacía cerca de un año que estaba enfrente de Calais y que este sitio le costaba enormes sumas de dinero y que al presente casi era dueño de la ciudad y que no tenía la intención de ir al encuentro de su enemigo si aquél no encontraba otro camino para aproximarse a él.

La rendición de Calais

Tres días se emplearon en estos parlamentos, y sin intentar librar a los pacientes sitiados de Calais, el rey Felipe de Francia volvió atrás con sus tropas y la guarnición sitiada vió desaparecer el reconfortante espectáculo visto en las colinas de Sangate, como las nubes de verano.

Agosto había comenzado nuevamente y los pobres sitiados habían sufrido enormes privaciones por espacio de un año, para ver al final desertar a su rey sin prestarles socorro cuando más lo necesitaban. Totalmente agotados por el hambre y la miseria, su resistencia no podría durar mucho más. El gobernador, entonces, se acercó a las murallas e hizo señas de querer enviar un parlamentario, nombrando el rey Eduardo a Lord Basset y a Sir Walter Mauny para que en su representación estipularan las condiciones de la rendición de la ciudad sitiada.

El gobernador de Vienne, haciendo notar que la guarnición estaba pereciendo de hambre y de miseria, pedía que Eduardo se contentase con obtener la ciudad y la fortaleza y dejase marchar en paz a los soldados y habitantes.

Conocida esta proposición por intermedio de Sir Mauny, el rey Eduardo y los caballeros que lo acompañaban decidieron hacer saber al gobernador que no aceptaban ninguna condición, y que debía rendir la plaza, dejando al criterio de los conquistadores el tomar los prisioneros que ellos necesitasen para poder exigir los rehenes que compensarían así los enormes gastos que el sitio de Calais les había originado, así como debían reponer los barcos que los calasianos habían destruído.



Eduardo III de Inglaterra después de vencer a Felipe VI en Crecy, se dirigió a sitiar el puerto de Calais. La ciudad por fiel a su rey, iba a defenderse con un valor que asombró a todos los guerreros

El gobernador respondió a esta intimación con los siguientes términos:

"Somos ya nada más que un pequeño grupo de hombres dolientes y miserables, que hemos servido con honor a nuestro Rey y Señor y que hemos hecho más de lo que otros hubieran hecho en nuestro lugar. Invocamos la piedad y bondad del rey Eduardo para que tenga compasión de nosotros, pues es bien conocida su generosidad y altura de miras".

Seis debían morir

El rey Eduardo se emocionó un tanto al conocer esta respuesta, y reuniendo al consejo formado por los nobles y príncipes ingleses, decidieron que otorgarían el perdón a la guarnición sitiada a condición de que seis de los ciudadanos más destacados de la ciudad, con la cabeza y los pies desnudos, amarrados por el cuello unos a otros, y dispuestos a que hiciesen con ellos lo que quisiesen, se presentaran solos entregando las llaves de la ciudad, sirviendo esto como único castigo al que los condenaban por su gran obstinación y resistencia.

Conocida esta decisión por Jean de Vienne, contestó a Sir Walter Mauny que esperase un momento, y llamando con la campana mayor de la plaza del mercado, reunió a los habitantes de la ciudad. Les hizo conocer entonces las condiciones impuestas por el rey Eduardo, y tuvo que interrumpir sus palabras a la explosión de llantos y gritos de todas esas gentes hambrientas y enfermas.



Se levantó el puente levadizo de la ciudadela de Calais y por él salieron el gobernador y los seis condenados a morir para salvar a los compatriotas. Eustaquio de Saint Pierre, el más rico vecino de la ciudad encabezaba el cortejo de la muerte

El gran sacrificio

¡Al fin iban a concluir sus sufrimientos y sus penurias!

En ese mismo instante una fuerte voz se dejó oír: era la de uno de los más ricos burgueses de la ciudad, Eustaquio de Saint Pierre. "Caballeros, nobles y burgueses, — dijo — nada hay más triste que ver sufrir a tanta gente y morir en medio del hambre; si hay medios de evitarlo: y el sacrificio que se haga será meritorio a los ojos de Dios; yo tengo confianza en su misericordia, y soy el primero en ofrecerme de los seis que los ingleses reclaman".

Tan pronto como concluyó de hablar Saint Pierre, sus compañeros de penurias prorrumpieron en exclamaciones de gratitud y muchos llegaron a arrojarse a sus pies. Otro ciudadano, enormemente rico y respetado se levantó y dijo: "Yo quiero ser el segundo compañero de Eustaquio". Su nombre era Juan Daire. Después de él vino Jacques Wisant, que era otro rico de Calais y que era primo de los dos primeros. Su hermano Pedro tampoco quiso quedarse atrás y dos más fueron nombrándose y completaron así esta brava falange de hombres que se sacrificaban por sus conciudadanos.

La entrega de la ciudad

El señor Jean de Vienne, montando en un caballo de color blanco — que había sido conservado hasta el último momento — salió hacia la puerta de la ciudad, seguido por la gente de la misma. Las puertas fueron abiertas, y el Gobernador y los seis ciudadanos pasaron por sus arcos, cerrándose a sus espaldas. Sir Jean se dirigió a Sir Walter Mauny diciéndole que esos ciudadanos se prestaban voluntariamente a entregarse y rogándole quisiera hacer por ellos todo cuanto pudiese para salvarlos. Sir Mauny prometió a De Vienne trabajar por la causa de esos infelices de todo corazón. De Vienne volvió entonces hacia la ciudad lleno de pena y de ansiedad, y los seis ciudadanos fueron conducidos a presencia del rey y de la corte. Una vez delante de Eduardo, todos se inclinaron, y uno de ellos dijo: "¡Oh, generoso Rey, aquí delante de vos podéis ver a seis habitantes de Calais, quienes han sido comerciantes importantes y quienes os entregan las llaves de sus castillos y de su torre! Nosotros nos ofrecimos voluntariamente para salvar la vida de nuestros conciudadanos, quienes han sufrido bastante en medio de su miseria y su infortunio. Confiamos en vuestro corazón generoso y esperamos que tengáis piedad de nosotros".

El decapitador

Una fuerte emoción embargó a todos los nobles que presenciaron esta escena, viendo a estos ancianos venerables, que estaban demacrados y empalidecidos y casi desfallecientes por el hambre sufrida, tan resignados y decididos. Muchas lágrimas de piedad fueron vertidas; pero el rey se mostró implacable y ordenó que fueran llevados a un lado y decapitados. Sir Walter Mauny intercedió calurosamente por ellos, haciendo notar que esta ejecución iba a empañar el honor del rey y que las mismas represalias después serían ejecutadas con sus guarniciones; todos los nobles presentes pidieron también el perdón de estos ciudadanos, sin conseguir ningún resultado, y ya había sido llamado un decapitador cuando la reina Felipa, con lágrimas en los ojos se puso de rodillas delante de los cautivos diciendo: ¡Ah, gentil señor: he cruzado el mar con gran peligro para poder veros; jamás os he pedido ningún favor, por el recuerdo del hijo de la Virgen María, por mi cariño, otorga tu perdón a estos hombres!".

Reina feliz

Por algún tiempo el rey la miró en el más completo silencio; entonces exclamó: "Señora, esto jamás lo habéis hecho hasta aquí. Me habéis obligado en cierta manera, y no puedo rehusarme: Yo os entrego estos hombres; haced con ellos lo que queráis"!

Verdaderamente feliz, la reina Felipa condujo a estos seis ciudadanos a sus departamentos, donde les entregó nuevas ropas y les ofreció abundantemente de comer y los trató como si fueran seis grandes nobles.

Poco después, Sir Walter Mauny entraba en la ciudad y tomaba posesión de ella, reteniendo a Sir Jean de Vienne y a otros príncipes hasta que fueran rescatados, dejando en completa libertad a los demás habitantes. Por orden del rey, la ciudad fué ocupada inmediatamente por gentes inglesas, pues así tenía hecho el primer paso hacia la conquista de Francia.

Grandes honores

El rey y la reina fueron a vivir a la ciudad. La casa que era de Juan Daire fué destinada para la reina, quizá porque ella consideraba a éste hombre como a uno de los de su servicio y deseaba protegerlo, así como a su hija Margarita, que había nacido hacía poco tiempo. Eustaquio de St. Pierre fué distinguido con grandes favores reales y ocupó un puesto entre los nuevos ciudadanos que el Rey Eduardo puso en la ciudad.

Y así fué ocupado Calais por los ingleses.

Un heraldo con una larga túnica bordada con las armas de Inglaterra se dirigió hacia la puerta de la fortificación y llamó al gobernador instándole que entregara la ciudad al monarca sitiador. El gobernador contestó que sería fiel al rey que era su amo

FIN


BUBI SE DESPIERTA INFLUIDO POR EL SUEÑO QUE HA TENIDO




SE ACUERDA QUE POR CHAMBON DEJÓ EN EL SUELO UN BOMBON
Y, LAMENTA ARREPENTIDO NO HABER QUEDADO DORMIDO
Reg. U.S. Pat. Off. Copyright 1931, by The Chicago Tribune.


PERO MEDITA EL BRIBON... QUE LOS SUEÑOS, SUEÑOS SON.
JACK KNIGHT


LA BARRA DE RANITA


¡MIRALO! ESE ES EL TIPO QUE ROBO LA PELOTA DE RANITA!
¡QUE CARADURA! ¡ESTÁ JUGANDO CON ELLA!


¡VAMOS A DECIRSELO A RANITA!
¡RANITA!


¡ALLÁ ESTÁ EL APROVECHADOR QUE TE PIANTO LA PELOTA!
¿CUAL ES, CHE?


¡AQUEL QUE HA DOBLADO LA ESQUINA!
¡AHORA VAN A VER USTEDES QUIEN ES RANITA!


¿NO LO CASQUES MUCHO, EH?
¡NO ME AGARREN QUE RE-VIENTO!


¡HOLA CHE!
¿QUE DECIS?


¡ESA PELOTA ES MIA! ¿SABÉS?
¡SALÍ DE AHÍ! ¡MIRALA BIEN, GIL!


¡Y AUNQUE SEA TUYA, MI HERMANO MAYOR DICE QUE LA PROPIEDAD ES UN ROBO!


Y A MI NO ME GUSTAN LOS LADRONES...
¡SIEMPRE REPETIS LA MISMA HISTORIA, OTARIO!


¿SI, CHE?
¡DEBERIAS CAMBIAR DISCO!


¡AL CONTRARIO! ¡ME CONVIENE REPETIRLO SIEMPRE PARA QUE NO SE ME OLVIDE!
Reg. U.S. Pat. Off. Copyright 1931, by The Chicago Tribune.

Rin-Tin-Tin el salvador

RIN-TIN-TIN, el perro vagabundo de las selvas septentrionales, estaba acostumbrado a la soledad y, sin embargo, el silencio sepulcral que lo rodeaba, mientras subía la montaña rocosa, le producía una honda tristeza. Y era porque aquella mañana el can se sentía apenado por una decepción.

Había salido al rayar el alba, vagando por los senderos del bosque, y a medida que avanzaba la mañana experimentó un gran cansancio. En aquel preciso momento distinguió de lejos una vivienda humana. El perro lanzó un ladrido de contento, como si quisiera decir:

—¡Hurrah! Esta gente, sin duda, me atenderá con amabilidad y me dará algo de comer.

El fiel Rin - Tin - Tin

Pero, el pobre vió sus esperanzas frustradas: cuando llamó tímidamente a la puerta, raspándola con sus patas delanteras, el hombre que salió a abrir, le gritó malhumorado:

—¡Fuera de aquí! — cerrándole la puerta en las narices. Rin-Tin-Tin se alejó unos pasos y se puso a aullar lastimosamente, esperando conmover de esa manera al hombre inhospitalario.

Pero el hombre no le hizo caso: tenía bastantes preocupaciones propias para detenerse en pensar en su inesperado visitante.

—Un perro vagabundo, medio lobo, — dijo a su esposa, sentándose junto al lecho, en que ésta yacía enferma.

—Pobrecito, — murmuró la mujer con voz débil. — No deberías proceder con él de esta manera, Tom; bien podrías haberle dado algo de comer.

—Y esto le daría ánimos para volver mañana de nuevo. Eres demasiado compasiva... Por otra parte, tengo bastante en qué pensar con esta enfermedad tuya... No llego a comprender por qué no vino el médico. Quién sabe si el hombre al que pedí mandar mi carta la habrá puesto en el buzón. Y lo peor del caso es que no puedo dejarte sola para ir a buscar el médico...

Entretanto Rin-Tin-Tin, afligido por la mala acogida que le había dispensado el cazador, se puso a subir la montaña.

No quiero trabar amistad con nadie

—No volveré a acercarme a ninguna vivienda humana hasta el fin de mis días, — decía para sus adentros, — ni quiero trabar amistad con ningún hombre. Parece que no tengo suerte en dar con una persona bondadosa.

En este momento del lado opuesto de la colina apareció un hombre que iba lentamente al encuentro del perro.

Este se escondió entre los arbustos pensando:

—Lo seguiré de lejos para ver qué clase de persona es. Quizá resulte bueno y me dé algún alimento.

El can echó una mirada furtiva alrededor suyo. De pronto su vista topó con un objeto blanco que le pareció vagamente conocido: era una carta. Rin-Tin-Tin había visto algo parecido en las manos de un hombre, el año anterior, y creyendo que le podría servir de utilidad, la tomó en la boca y se puso a seguir de lejos al desconocido.

Este, después de haber caminado un buen trecho, se detuvo ante un poste al que estaba atado un cajoncito con un agujero.

El perro, que jamás había visto nada parecido a este objeto, seguía con curiosidad los movimientos del hombre. Lo vió abrir el cajón y sacar unas cuantas cartas; guardar una de éstas y volver a poner en el cajón las demás.

Viendo esto, Rin-Tin-Tin sacó en conclusión que el cajoncito servía para guardar las cartas, y pensó muy contento:

—Si pongo la que tengo en el cajón, el hombre verá que no soy un salvaje y me tratará bien.

En el preciso momento que se dispuso a abandonar su escondrijo detrás de una roca, vió bajar como una flecha a un águila que lo desafió. El perro dejó caer la carta que tenía en la boca, dispuesto a defenderse. Pero antes de que hubiera empezado la lucha, sonó un disparo y el ave cayó exánime.

El inteligente perro ladraba de contento

Ladrando de contento, Rin-Tin-Tin corrió hacia el desconocido para expresarle su gratitud por haberlo salvado del enemigo temible. Pero apenas tuvo tiempo para ponerse a un lado, evitando de esta manera la bala, destinada para él.

—Parece que las águilas y los lobos se han tomado la costumbre de rondar este buzón, — murmuró el hombre. — El asunto de venir acá a buscar las cartas se vuelve peligroso.

Con estas palabras echó a andar, mirando de vez en cuando para ver si no volvía el lobo, al que había asustado con su escopeta.

Pero, por más deseos que tuviera Rin-Tin-Ti de demostrar al desconocido que no era salvaje, se guardó mucho de no hacerse ver por él en este momento.

En su emoción el perro se había olvidado de la carta que había dejado caer al suelo momentos antes. Al verla luego pensó que podría servirle para hacer al hombre cambiar la opinión formada sobre él. Alzó la carta y ganando de un salto la distancia que lo separaba del buzón, se paró sobre sus patas delanteras y la introdujo en el intersticio de aquél.

El hombre que vió la escena de lejos, quedó pasmado. Luego echó a correr en dirección al perro, que permanecía inmóvil.

—Te tomé por un lobo, — díjole el desconocido en tono cariñoso, — y ahora veo que eres el perro más inteligente del mundo.

Así diciendo, el hombre abrió el buzón y sacó la carta que acababa de depositar Rin-Tin-Tin. Habiendo leído la dirección que llevaba el sobre y que decía "Doctor Watling, Forest Halt", el desconocido desgarró el sobre y leyó la misiva.

Rin - Tin - Tin, dejando caer la carta, se aprestó a la defensa de su vida, amenazada por un gran águila. Pero sonó un disparo y el águila cayó muerta

Meneando la cola, expresó su alegría

—La esposa de Tom Burton tuvo una recaída, — murmuró luego. — Es muy grave. Tengo que ir a verle en seguida. Suerte que el perro puso la carta en el buzón antes de que me hubiera alejado de aquí. Es evidente que el can pertenece a Tom, que lo ha entrenado para llevar cartas al buzón.

Luego agregó, acariciando la cabeza de Rin-Tin-Tin:

—Hubiera sido una desgracia si, por equivocación, te hubiera matado. Tu patrón, que ha de apreciarte mucho, estaría desesperado.

—Estoy contento de que estés satisfecho de mi conducta, — contestóle el perro con la mirada, meneando la cola.

—Eres un buen perrito, — prosiguió el médico, — Y ahora vamos a ver a tu dueña lo más pronto posible.

El facultativo se puso en camino, seguido por el can.

Este no tardó en darse cuenta de que el hombre se dirigía a la vivienda de la que, horas antes, lo había expulsado con tanta crueldad el dueño. Puesto que no quería volver allí, el perro se detuvo, aullando lastimosamente.

—¿Qué te pasa, amigo? — preguntóle el médico asombrado. — Estás triste porque tu dueña está enferma? ¡Animo! Ya la curaré pronto.

Ni siquiera le pasó por la mente dudar de que el perro no perteneciera a Tom. Empero, viéndolo caminar de mala gana, pensó:

—El pobre debe estar cansado. En cuanto lleguemos hasta la cima de esta colina, descansaremos un rato.

Una vez en la cima, el médico se dejó caer, rendido; en el camino se había recalcado el tobillo y no podía dar un paso más.

—Qué mala suerte, — exclamó. — Es un dolor insoportable y no podré llegar hasta la cabaña de Tom.

Así diciendo miró a su compañero cuadrúpedo que lo observaba con aire de simpatía, lamiéndole la mano.

—Caramba, — exclamó de pronto el doctor. — Ya sé cómo he de salir del paso. Tú puedes llevar a tu amo una esquela mía, en la que le pediré que venga a buscarme con un caballo. Jinete en éste, llegaré facilmente hasta la casa de Tom.

El médico arrancó una hoja de su libreta de anotaciones, en la que escribió unas cuantas líneas. Luego puso la carta en la boca del perro, al que dijo, acariciándolo e indicándole el camino:

—Adelante. Lleva esta esquela a tu amo lo más pronto posible.

La mirada inteligente del can demostró que había comprendido las palabras del hombre. Acto seguido Rin-Tin-Tin echó a correr barranca abajo.



El noble animal no cabía en sí de contento al verse tratado con tanta bondad por los Burton. Eres un perro bueno e inteligente, por haber traído esta carta — dijo la mujer acariciándolo. — No tienes idea de lo importante que es para nosotros. Y pensar que te habían echado de aquí...

Tom Burton estaba sentado junto a la chimenea, acongojado

Tom Burton estaba sentado junto a la chimenea, acongojado. Su esposa acababa de conciliar el sueño y el hombre no se movía, temeroso de despertarla.

—Si pudiera dejarla por un par de horas para ir a buscar al médico, — decía para sus adentros. — Pero no me atrevo a hacerlo; la pobre se asustaría mucho al verse sola.

Las tristes reflexiones del cazador fueron interrumpidas por un leve ruído en la puerta.

—Debe ser el mismo perro que vuelve y raspa la puerta, — pensó Tom. — Hay que dejarlo entrar, sino es capaz de ponerse a aullar y despertar a mi mujer.

El hombre abrió la puerta y... retrocedió, presa de vivo asombro: el perro que traspasó el umbral, llevaba en la boca una carta. El cazador la tomó apresuradamente y la leyó.

—Es un milagro, — exclamó luego en voz alta, olvidándose de que la enferma estaba durmiendo.

—¿Qué pasa, Tom?, — preguntó aquélla con voz débil.

—Imagínate, el perro que eché esta mañana, vuelve ahora trayéndome una misiva del médico. Este me escribe que se dirigía para acá, pero tuvo que detenerse por el camino, por haberse recalcado el pie. Tengo que ir a buscarlo con un caballo.

—Entonces el doctor ha recibido tu carta, — objetó la enferma.

—Es evidente que sí, — contestó el marido. — Y ahora, querida, tengo que dejarte sola para ir al encuentro del médico. Volveré lo más pronto posible. Trata de no aburrirte mientras estoy fuera.

Con estas palabras el hombre se dirigió hacia la puerta. Su esposa lo detuvo, diciendo:

—No podrías dejarme el perro, para que me haga compañía, Tom? Le daré algo de comer y trabaremos amistad.

—Claro que sí, — contestó el esposo con tono alegre.

Rin-Tin-Tin no cabía en sí de contento al verse tratado con tanta bondad por los esposos.

Rin-Tin-Tin no cabía en sí de contento y se puso a saltar

—Eres un perro bueno e inteligente, por haber traído esta carta, — dijo la mujer acariciándolo. — No tienes idea de lo importante que es para nosotros. Y pensar que te habían echado de aquí con tanta brusquedad la primera vez que viniste.

—Te aseguro que me da vergüenza pensar en mi conducta, — dijo el cazador. — Y sin embargo, si no lo hubiera echado de aquí, el perro no hubiera encontrado al médico. No hay mal que por bien no venga. Ahora te voy a demostrar mi gratitud, — viejo, — agregó dirigiéndose al can y acariciándolo.

Rin-Tin-Tin ladró de alegría; su mirada expresiva, radiante de alegría, quería decir:

—Haría todo en el mundo para probarles que soy un amigo fiel y leal.

PRIMER GRAN CONCURSO

BEBA VINO "TORO"

Sonoro y rotundo como el propio nombre del producto que lo inspira, circula en nuestras ciudades y campañas un santo y seña general: **¡Beba Vino Toro!**

Y en las grandes urbes y en los pequeños pueblos; en el fogón campero y en el hotel de rango; en los barcos que surcan nuestras aguas y en los trenes que cruzan distancias dilatadas; en todos los ámbitos de nuestra hermosa tierra, desde Jujuy a Tierra del Fuego, desde los Andes al Atlántico, la gente observa la consigna y **bebe Vino Toro.**

Si estima su salud, cumpla Vd. también con la consigna

BEBA VINO "TORO"

EL VINO QUE ALEGRA LA MESA ARGENTINA



El Antiguo y Famoso

VINO TORO

alegró en su casa la mesa paterna

Vd. también lo bebió cuando era niño, porque hace más de 30 años que el VINO TORO es apreciado en todos los hogares argentinos por su proverbial pureza y calidad invariable, celosamente mantenidas desde entonces, gracias a una constante vigilancia y a un contínuo perfeccionamiento de los métodos de elaboración.

La cuna del VINO TORO fué en 1899 una bodega modesta; pero los grandes méritos de este producto le han permitido crecer hasta tal punto, que sin temor a exagerar hoy puede afirmarse que las instalaciones y cultivos de la Sociedad Anónima Bodegas y Viñedos Giol, productora del VINO TORO, son las más importantes del mundo.

S. A. BODEGAS Y VIÑEDOS "GIOL"

Avenida Leandro N. Alem 1518-36 — Buenos Aires